

los europeos del Oeste. Si se admite este consumo-límite como un máximo aceptable para todos -cosa difícil de demostrar-, la producción de energía debería doblarse en menos de dos generaciones, teniendo en cuenta las hipótesis más probables de crecimiento demográfico. En un contexto de crisis generalizada respecto de la atmósfera, el agua, la tierra, la alimentación, etc., el futuro de todas las sociedades está en una revolución energética que sólo se producirá si cesa la hemorragia que, desde hace un siglo, vacía el campo de su gente y engrosa la miserable población de las ciudades irracionales. Y esta revolución energética es indisoluble de otra revolución -política, social y cultural- sin precedente histórico.

(1) Jean-Pierre Orfeuil, "Transport, énergie, environnement: le scénario Prométhée". *Futuribles*, n° 148, París, noviembre de 1990. Véase también Daniel Spelding, *Alternative Transportation Fuels: An Environmental and*

*Energy Solution*, Quorum Books-Greenwood. Westport, Connecticut, Estados Unidos, 1989.

(2) Systèmes solaires, número especial 64-65, "Du neuf sous le soleil", París, enero 1991: Jacques Roturier y Evan Mills, "Les économies d'énergie". *La Recherche*, n° 229, París, febrero de 1991.

(3) Amulya Reddy, José Goldemberg, "L'énergie dans les pays en développement". *Pour la science*, n° 157. París, noviembre de 1990.

(4) Léase al respecto "Démographie, développement, démocratie...et immigrations". *Le Monde Diplomatique*, mayo de 1990.

JEAN-PAUL DELÉAGE Y DANIEL HÉMERY SON coautores de *Servitudes de la puissance, une histoire de l'énergie*, Flammarion, coll. "Nouvelle Bibliothèque scientifique", París, 1989. Jean-Paul Deléage publicó en 1991 una *Histoire de l'écologie* (La Découverte, París).

(Tomado de *Le Monde Diplomatique*, Edición española. Año 1, N°6, abril 1996)

# La indiferencia ambientalista frente a la potenciación del mercado

EDUARDO MORA CASTELLANO

En vastos círculos intelectuales es un tópico **la idea de que cuando la descarnada racionalidad del mercado ocupa el sitio del Estado interventor -que en condiciones de democracia representativa ha solido ser keynesiano- la naturaleza pierde**. Es decir, que sin la bienhechora tutela estatal los recursos naturales, y los ecosistemas que son sus continentes, quedan

a merced de la rapiña de los capitales, cuya única preocupación es crecer.

En la clásica izquierda política esa idea es persistente y central cuando se aborda el tema del ambiente. Mas en el movimiento ambientalista no es ni central ni determinante: hay quienes -en un extremo- la consideran falsa (a éstos no se hará referencia puntual en este artículo); hay otros -en el otro extremo- que, curtidos en viejos combates políticos, si bien no la estiman



central para explicar la problemática ambiental en el largo plazo, sí la juzgan correcta y muy valiosa para lograr adhesiones en la lucha por la naturaleza (éstos, que empíricamente no son ubicables diáfananamente dentro del movimiento ambientalista sino que parecen a caballo entre éste y otros movimientos, o cuya actitud no es constante y se manifiesta según las variaciones tácticas, son apenas rozados más abajo -ver nota nº 9-); y algunos más -ubicados en el largo intervalo existente entre ambos extremos- la tratan como una hipótesis irrelevante, que lo que más les suscita es indiferencia, precisamente porque desde su perspectiva lo sustantivo de la problemática ambiental está en otra parte y a ésta la conciben dentro de ciertas coordenadas y de acuerdo a ciertas premisas respecto de las cuales el Estado no es central ni especialmente apreciado (de éstos, muy mayoritarios, se tratará especialmente luego). Y es que, efectivamente, tal idea no es desprendida del universo conceptual o ideológico del original movimiento ecologista ni del actual movimiento ambientalista (1), ni tampoco de las visiones del resto de los nuevos movimientos sociales, sino de las elaboraciones ideológicas acompañantes de la práctica del movimiento obrero -en sus diversas expresiones- y del populismo; o sea, es una idea genéticamente ajena a los derroteros del pensamiento posmoderno. Las corrientes de acción propias de la posmodernidad que sí adoptan, por lo menos para efectos prácticos, la idea de que la cesión que hace el Estado al mercado de su lugar privilegiado es especialmente dañina para la naturaleza, o bien tienen una fuerte impronta *progresista* debida a la antigua formación de sus líderes reconvertidos - como atrás se señaló-, o bien se ven compelidas a ello por actuar en un contexto en el que, en virtud del carácter de sus adherentes y aliados -emparentados por una

u otra vía con viejos movimientos sociales- y de sus oponentes, es táctico hacerlo.

Pero hay que diferenciar claramente de una vez dos hechos referentes a la compleja relación mercado-sociedad, cuya confusión perturbaría la comprensión de las posiciones del movimiento ambientalista frente a esa "nueva" realidad consistente en que es crecientemente en el mercado que se toman las decisiones referentes a la gestión ambiental -dado que el Estado se contrae cediendo su lugar-. El primero es el hecho de que hace varios siglos la generalización de las relaciones económicas de mercado acompañó y fortificó el proceso de extrañamiento de los seres humanos con respecto de la naturaleza y de extrañamiento entre ellos -hecho fundamental en la historia de nuestra civilización-; y el segundo es el hecho, recientísimo, consistente en que la racionalidad del mercado en poco más de una década acreció abruptamente su poder de configuración de todas las decisiones que en la sociedad se toman (entre ellas las referentes al ambiente) (2), esto dentro de un proceso de cambio social caracterizado por la sustitución de una forma de dominación y orden social por otra: la sustitución del orden/dominación social a través de la coerción, en el que el Estado y la violencia son centrales, por el orden/dominación social a través de la seducción, en el que el mercado y la persuasión (a través de la expectativa real de ser pagado o no, de ser recompensado o descompensado económicamente y, en el extremo, marginado) devienen centrales. Hechos, tales dos, de muy desigual trascendencia: mientras que el primero es base -y a la vez definición- de la orientación de nuestra cultura, el segundo es solamente una matización de esa orientación, o, más bien, es la pérdida de la matización que tal orientación había venido teniendo desde los años 40-50, matización de la que estaba encargado el Estado y que



consistía en la atenuación de los efectos perniciosos que sobre ciertos sectores sociales -con capacidad de resistencia y desafío- venía ejerciendo la libre expresión del mercado, capacidad esa que, por cierto, empezó a menguar en los últimos tres o cuatro lustros en proporción directa a las modificaciones experimentadas por la estructura de la sociedad contemporánea y por esos mismos sectores y sus expresiones políticas.

Y es que la contracción del Estado y el traslado de ciertas funciones (otras funciones desaparecen) a agentes económicos y organizaciones ciudadanas se da junto con un proceso de cambio de las preocupaciones sociales: languidecen viejos asuntos problemáticos y emergen nuevos problemas - es decir, la sociedad define nuevos problemas-. De manera que estos nuevos son tratados sin la fuerza del Estado y en torno a ellos o se establece consenso social, o se llega a acuerdos en cuanto a que las diferencias de perspectiva y de acción son tolerables y coexisten pacíficamente, o, finalmente, tales problemas son tratados de manera distinta por cada uno de los subsistemas sociales, entre los que -en función de tales problemas- sería descabellado buscar siempre consenso porque operan muy especializadamente. Los nuevos problemas sociales son concordantes con los nuevos tratamientos. Y los resentimientos a causa de la contracción del Estado y de su desembozada sustitución por el juego del mercado se dan de parte de los sectores sociales fijados en los viejos problemas, sectores sociales usualmente favorecidos por el Estado keynesiano o, si no, altruistamente esperanzados en que bajo el cobijo del Estado y a través de transformaciones graduales de él podría alcanzarse la justicia para todos.

Ante la creciente influencia del mercado, dentro del movimiento ambientalista hay

diversas posiciones siendo la aplastantemente mayoritaria, como se dijo atrás, aquella que implícitamente considera el fenómeno como secundario, como irrelevante, o poco relevante, para el destino de la naturaleza. Quienes ostentan esa posición, que son tanto conservacionistas, ambientalistas en el sentido estrecho del término, como también ecologistas -muy minoritarios en el movimiento-, suelen encauzar sus esfuerzos intelectuales por los derroteros de la investigación en ciencias naturales y diseñando líneas de acción para la resolución de problemas, pero no en revuelta ni en adhesión hacia los poderes político y económico sino manteniéndose a distancia de posturas radicales y comprometidas. En esto los ecologistas -en el sentido estrecho del término- son excepcionales, pues sí desarrollan reflexiones sobre esos poderes y la sociedad en general (3), aunque pocas, porque ellos son pocos y el ambientalismo en general no es un movimiento retórico. Esas reflexiones, como el resto del discurso articulado por el movimiento ambientalista en su globalidad, tienden a coincidir en considerar la creciente influencia del mercado no como aquello que viene a romper viejas esperanzas o valiosos compromisos sino como un hecho acorde con la incapacidad relativa de los Estados, demostrada desde los años 70, de enfrentar cognoscitiva y resolutivamente el creciente deterioro ambiental. Si el Estado a quien cede su lugar rector es a la racionalidad del mercado que infiltra todos los ámbitos de decisión, entre ellos el referente al ambiente, entonces no hay mucho a qué temer ni nada que añorar. En tanto tal, el movimiento ambientalista -en el sentido amplio del término- no ha tomado posiciones dentro del Estado ni pactado con él en beneficio de nadie. Lo que ha hecho es, principalmente a través de permear ideológicamente decisivas instancias estatales y de ganar luchas



puntuales, mejorar las condiciones de realización de ciclos ecosistémicos importantes, lo que, si a alguien beneficia, además de a la naturaleza, es a todos y no a ciertas personas o grupos sociales, y dado que aquella infiltración es efectiva y rápidamente creciente, tales mejoras terminan por satisfacer en el corto plazo incluso a quienes ejercieron resistencia, por lo que no perduran ataduras ni agradecimientos con el Estado ni con el sistema de partidos que lo apuntala -ni tampoco, por cierto, con intereses privados con los que se hubiera tenido que negociar-. (Otra cosa es los compromisos, por favores recibidos, de ciertos líderes ambientalistas.)

De parte de los ambientalistas, concomitantemente, han existido los mismos o parecidos conflictos, y también acuerdos, con los capitales privados, que es con quienes se identifica popularmente el creciente poderío del mercado que es aquí objeto de examen. Por su experiencia, entre los ambientalistas el recelo hacia el mercado no es mayor que hacia el Estado, sino más bien frecuentemente menor. Así, un renombrado ecologista "puro", prominente entre Los Verdes de España, ha dicho que "existen signos que algunos movimientos ciudadanos, instituciones, pero sobre todo la misma industria y empresa, están empezando a estudiar esta contradicción (entre capital y naturaleza) antes postergada y empiezan a elaborar un discurso para comprenderla y minimizarla... Los partidos convencionales en cambio van algo retrasados en esta vía de sensibilizarse por esta contradicción" (4). Y es que aun los ecologistas que participan en las justas electorales disputando puestos estatales, como Los Verdes, logran no comprometerse significativamente con el Estado y el sistema de partidos gracias a regulaciones y limitaciones que se autoimponen precisamente para evitar las deformaciones centralistas, autoritarias,

burocráticas, nepotistas y en general antidemocráticas y antiautogestionarias que son especialmente abundantes entre la élite gobernante. Además, como ya se ha afirmado (5), los ecologistas "puros", herederos del ecologismo primigenio de los años 70, tienen una marca anarquista que los inclina contra el Estado y el sistema de partidos y, entonces, obligados a optar no es extraño que lo hagan por el mercado. Tal actitud del ecologismo primigenio, junto con otras, lógicamente sigue teniendo cierta presencia en el movimiento ambientalista actual.

Con este movimiento sucede que en la medida en que su objeto de preocupación es históricamente muy novedoso, emergido casi simultáneamente a la globalización económica y a la actual potenciación del mercado como instancia decisoria de todo, él no piensa tal objeto -o sea, el deterioro ecosistémico en su interacción con la sociedad- en relación con la vieja estructuración política, representada por el Estado-nación fuerte e interventor, sino en relación a la reestructuración política en marcha, que se expresa en nuevas o renovadas instancias (internacionales y extranacionales) de orientación y control global, las cuales, además -y esto no es secundario-, son aparentemente más adecuadas -por su cobertura- para enfrentar la problemática ambiental que, por definición, es inter y extranacional. Es decir, el movimiento ambientalista actual, constituido tal y como lo vemos desde los años 80, no desarrolló sus reflejos para la acción en el enfrentamiento con el fuerte Estado keynesiano teniendo como fondo un mercado restringido, sino que los desarrolló ya en un ambiente de mercado desbocado, Estado restringido y globalización. El tiempo de formación de este movimiento, como incluso también el del movimiento ecologista en el sentido estrecho del término, que se



remonta al inicio de los 70, es el tiempo en que la conflictividad sociedad-ecosistemas pasó a ocupar el lugar central y definitorio de la problemática social, y tanto el mercado como las instancias de regulación inter y extranacionales pasaron a ser los entes desembozadamente determinantes con los que obligadamente se empezó a contar para enfrentar aquella conflictividad y los cuales, entonces, no fueron percibidos primordialmente como aguafiestas de nada, aunque tampoco como salvadores, sino simplemente como enormes entidades ineludibles, "naturales" en el nuevo escenario, como lo venía pareciendo el Estado interventor.

La presión ambientalista, además de ser ejercida como ideología que se infiltra en todos los subsistemas sociales y en todas las organizaciones, y también más allá de ser ejercida a través de movilizaciones y propuestas de acción por los grupos organizados, la ejercen cada vez más los ciudadanos como consumidores -los cuales a su vez van cayendo presas de esa expansiva ideología-. Y los agentes de producción económica, que ya no pueden realizar sus mercancías sino persuadiendo y, entonces, ajustando su oferta a los consumidores (las dificultades al fingimiento y al fraude aumentan), se ven a la larga compelidos a actuar bajo la presión ambientalista. "Lo que sí puede hacer el mercado -dice un ecologista que no cree en la sostenibilidad del actual modelo de crecimiento económico y que desde el ángulo de la economía crítica la confianza que tienen en el mercado sus colegas de la 'esfera oficial' (6)- es inducir a la reducción de algunos consumos y generar la aparición de un sector de empresas medioambientales orientadas a 'reparar' algunos de los efectos más visibles del caos ambiental, a hacer soportable el modelo de crecimiento actual". Acaso de manera semejante acontezca, por ejemplo, con

respecto del acoso sexual y los malos tratos a mujeres y a menores: tiende galopantemente a establecerse un consenso social en contra de ello -todos los subsistemas sociales coinciden a pesar de su diferenciación funcional-, tal que la represión del Estado -a diferencia, por ejemplo, de con el robo o las infracciones a las leyes de tránsito- parece hacerse cada vez más prescindible. En este ámbito la racionalidad del mercado también se impone, siendo tendencialmente descompensada o marginada económicamente la entidad que disiente, sin que el Estado deba intervenir punitivamente. Asimismo, aquí, la orientación es cada vez más emanada de instancias inter y extranacionales.

Podría decirse que lo que los ambientalistas creen presenciar actualmente es una -parcial- retirada del Estado, no caótica sino delegando funciones -más tácita que explícitamente- a actores económicos y a otras organizaciones autónomas, procurándose así una continuación del orden social pero ya no por la vía de la coerción sino del pago/no pago, de la recompensa y la descompensación económicas. Y los novedosos problemas que a ellos les apuran no ven por qué no puedan ser enfrentados dentro de esas coordenadas -con las viejas coordenadas los enfrentaron incipiente e infructuosamente o no los enfrentaron-. Sin que esto por supuesto signifique que los ambientalistas, con excepción de un sector "neoliberal" no representativo del movimiento, crean en la racionalidad del mercado como solución a la problemática ambiental. La mayoría, como está ya dicho, tiende a ignorar ese tema, para ellos no es relevante. Así, por ejemplo, para Amigos de la Tierra, multitudinaria red mundial de grupos ecologistas constituida en 1969 como un desgajamiento de la centenaria y también multitudinaria organización conservacionista norteamericana denominada Sierra Club, el



Banco Mundial y el Fondo Monetario son criticables pero el juicio que ejerce contra ellos es más puntual y suave que teórico y acerbo. La dirección europea de Amigos de la Tierra mantiene relaciones estables y permanentes con esos organismos -reputados promotores de la potenciación del mercado- y con los grandes capitales privados; el poder de ellos no es cuestionado, como tampoco lo es, por cierto, el de los gobiernos con quienes también mantiene comunicación fluida. La legitimidad y pertinencia del mercado y de la multiplicación de su influencia no es puesta en duda (7). Similarmente, para el movimiento ambientalista costarricense (8) la potenciación del mercado no es un problema central a considerar, existiendo acaso sólo un grupo que sí lo estime como tal, grupo que bien podría conceptuarse -de acuerdo a lo que párrafos atrás se señalara- como de fuerte impronta *progresista* (concepto éste que en el presente caso remite a las aún recientes gestas sociopolíticas de la modernidad, protagonizadas por los movimientos obrero y campesino) por el carácter de sus oponentes, adherentes, metas y líderes (9). La Asociación Ecologista Costarricense (AECO), único grupo perteneciente a la corriente ecologista dentro del movimiento ambientalista tico, y, a la vez, el grupo activista de mayores influencia en la ciudadanía e impacto en luchas, tampoco tiene eso como problema destacado, orientando en cambio su crítica -al igual que el resto de la corriente a la que pertenece, como se verá de inmediato- más a lo profundo: a los "modelos de sociedad" hasta hoy implantados y al "sistema productivo" que los acompaña (10) (11). Para Los Verdes europeos, mientras tanto, este tema tampoco resulta digno de gran atención. Así, por ejemplo, en un documento que pretende ser manifiesto de la posición política que debieran tener Los Verdes de

España en pos del logro de una sociedad alternativa (12), no se menciona nada sobre el asunto de marras; igualmente omisos son otros verdes que disertan sobre economía y ecología en la misma revista que publica el documento, la cual, además de ser dirigida por uno de ellos, suele recoger sus posiciones. Y desde la sub-corriente ecologista que podría calificarse como más crítica del capitalismo y del mercado, e incluso más insistente en articular las demandas en pro de la naturaleza con la reivindicación de un nuevo ordenamiento social sin explotación humana, se niega explícitamente que sea la reciente potenciación neoliberal del mercado quien conspira contra el manejo sustentable y la conservación de los recursos naturales, y se afirma que quien conspira es el mercado a secas, el mercado de siempre (13).

#### Referencias

1. La distinción entre las corrientes constitutivas del movimiento ambientalista -el conservacionismo, el ambientalismo en sentido estrecho y el ecologismo- están explícitas en: Mora, E.: "Eclipse del Estado y eclosión del ambientalismo", en *Ambien-tico*, N° 39, abril 1996, pp. 9-15.
2. Cf.: Mora, E.: "Naturaleza y humanidad son sólo valores económicos", partes 1ª y 2ª, respectivamente en: *Ambien-tico*, N° 40, mayo 1996, pp. 11-16, y *Ambien-tico*, N° 41, junio 1996, pp. 1-6.
3. Ciertos hechos, que abajo se exponen, condujeron a que, en función de examinar la/s posición/es del movimiento ambientalista ante el fenómeno de la potenciación del mercado, aquí se apelara -aparte de a *Ambien-tico*- a tres publicaciones periódicas emitidas por sendas expresiones de la corriente ecologista del movimiento ambientalista. Tales publicaciones son: *Link*, revista/boletín mensual -editada en Amsterdam- de Amigos de la Tierra; *Tierra Amiga*, editada por Redes (Red de Ecología Social), organización ecologista uruguaya, y *Ecología Política*, española, dirigida por Juan Martínez Alier -perteneciente a Los Verdes de Cataluña- y por el norteamericano James O'Connor, quien además dirige la revista californiana *Capitalism Nature Socialism. A Journal of Socialist Ecology*, que fue fundada en 1988 y es la pionera de un cuarteto de revistas con similar orientación -que se intercambian los materiales para publicar- al que pertenecen, además de las dos dichas, la francesa *Écologie Politique* y la italiana *Capitalismo Natura Socialismo. Rivista di ecologia socialista*, mismas que han manifestado aceptar como hermana a la uruguaya *Tierra Amiga*, a pesar de que ésta no es principalmente teórica,



como sí las otras, sino más bien ligera y periodística. Las une su criticidad frente al capitalismo y el ser realmente ecologistas. Los hechos que condujeron a que el análisis se centrara en tales tres revistas son los siguientes: (1) las expresiones conservacionista y ambientalista -en el sentido estrecho del término- del movimiento ambientalista no ejercen ninguna crítica a la potenciación del mercado ni a la economía de mercado, como queda claro en los escritos generados por sus organizaciones representativas mayores -como por ejemplo UICN y WWF-; (2) quien más se acerca a esa crítica es la corriente ecologista del movimiento; (3) la producción de manifiestos **teórico-ideológicos** de parte del movimiento ambientalista es minúscula y -posiblemente- proporcionalmente inversa a su tamaño e influencia (además el flujo hacia Costa Rica es casi nulo), y (4) quien sí suele generar ese material teórico-ideológico dentro del movimiento ambientalista es -otra vez- la corriente ecologista.

4. Piulats, Octavi: "Teoría y praxis de la política verde en el Estado español", en *Ecología Política*, N° 3, Barcelona, p. 67.

5. Cf., entre otros: Mora, E. 1994.: **Claves del discurso ambientalista**, Editorial FUNA, Costa Rica, pp. 117-120.

6. Recio, Albert: "Los problemas del movimiento ecologista en el Estado español", en *Ecología Política*, N° 3, Barcelona, p. 88.

7. Cf.: **Link. Friends of the Earth**. Issue 60 (may-jun 94), 61, 62-63, 64, 65, 66, 67, 68 y 69 (oct-dec 95). Amsterdam.

8. Véanse, de Mora, E., 12 caracterizaciones de sendos grupos ambientalistas ticos, representativos del movimiento ambientalista nacional, aparecidas en **Ambien-tico**: desde la edición N° 6, abril 1993, hasta la N° 22, setiembre 1994.

9. Se trata de la Coordinadora de ONGs Con Proyectos Alternativos De Desarrollo (Coproalde), constituida por ocho grupos, que persigue "la organización, la autonomía y

el mejoramiento de las condiciones de autoreproducción del campesinado, como también la explotación sustentable de los cosistemas y la independencia tecnológica", y que, además, reivindica un papel activo del Estado propiciando la participación popular y evitando la inequidad económica, y que, finalmente, concibe como su enemigo a los organismos financieros internacionales. Los fundadores principales de Coproalde provinieron del movimiento cristiano inspirado en la teología de la liberación y su fuente principal de financiamiento ha sido la entidad alemana de ayuda al Tercer Mundo -con recursos de la iglesia luterana- llamada Pan Para El Mundo. Este conjunto de grupos, no obstante haber sido incluido dentro del ambientalismo tico para efectos de estudio, no se reconoce parte del movimiento ambientalista, al que juzga romántico y poco realista, aunque comparta reivindicaciones -y es por esto por lo que fue incluido-. Cf.: Mora, E.: "Coproalde pretende un desarrollo alternativo con base agroecológica", en **Ambien-tico**, N° 22, setiembre 1994, pp. 14-16.

10. Mora, E.: "La Asociación Ecologista Costarricense (AECO), en pos de un movimiento social ecologista y una sociedad alternativa", en **Ambien-tico**, N° 10, setiembre 1993, pp. 6-8.

11. **Comunicación personal** con Isaac Rojas, directivo de AECO, 19-6-96, San José.

12. Buades, Joan: "Refundar la política, afianzar la constelación verde. Llamamiento por una alternativa contemporánea", en *Ecología Política*, N° 7, Barcelona, pp. 113-119.

13. Barreiro, Jorge: "La izquierda y el 'descubrimiento' de la ecología", en *Tierra Amiga*, N° 29, octubre 1994, Uruguay, p. 41.

**AMBIEN-TICO** está disponible en los siguientes puntos de distribución: en San José: librerías Macondo, Mil Copias y Cooperativa Universitaria; en Heredia: Escuela de Ciencias Ambientales. A los interesados en su adquisición se les agradecerá una contribución de 100 colones por ejemplar. Por una suscripción anual se ruega la suma de 1000 colones, o, si el envío ha de hacerse al extranjero, de 70 dólares. Además **AMBIEN-TICO** está en WEB de Internet en las páginas de la Universidad Nacional, sección de la Escuela de Ciencias Ambientales.